

Acompañantes de los catecúmenos

Joan María Amich i Raurich
Delegado del Catecumenado de la diócesis de Girona

*Ponencia impartida en el IV Encuentro de
Delegados Diocesanos del Catecumenado
Conferencia Episcopal Española
Madrid, 11 de diciembre del 2007*

Mi propósito es compartir y valorar conjuntamente la reflexión sobre una experiencia. Ciertamente, aún breve en el tiempo, pero creo que ya bastante significativa. Hace cuatro años que se instauró el Catecumenado en nuestra diócesis. Hoy estamos iniciando el trabajo con la tercera «promoción» de catecúmenos. En total han sido 51 adultos y algunos jóvenes los que se han ido comprometiendo con el proceso catecumenal. Si sumamos a aquellos que se han acercado a las parroquias pero no han tomado la decisión de entrar en el Catecumenado, esta cifra aumenta hasta 84 personas. Podríamos añadir los dos grupos de «cuasicatecúmenos» (cf. CT 44) que se han preparado para recibir el sacramento de la Confirmación y, en algunos casos, para hacer su Primera Comunión. Han sido un total de 59 entre adultos y jóvenes.

En su mayoría han nacido en nuestro país. La media de las edades oscila entre los 25 y los 30 años. Una tercera parte de ellos son inmigrantes que, procedentes de los más diversos países e itinerarios religiosos, han venido aquí para construir su vida y han hallado en las comunidades cristianas espacios de acogida, de ayuda y de reflexión.

Los catecúmenos hacen su proceso acompañados por otros cristianos. Su perfil también es diverso. En algunos casos, es el mismo párroco quien asume esta función. En la mayoría de situaciones la parroquia designa a determinadas personas que reciben la misión de este acompañamiento. Muchas de ellas proceden del ámbito de la catequesis o de otros sectores educativos.

Mi aportación se sitúa en este marco sucintamente presentado. Metodológicamente opto por fijarme en algunas notas del proceso catecumenal que creo que pueden ayudar a la reflexión. Las resumo a través de siete afirmaciones:

1. Los primeros encuentros con aquellos que serán catecúmenos tienen una importancia decisiva y configurante.
2. La elección de aquellos que serán los acompañantes de los catecúmenos debe hacerse con prudencia. Han de ser personas que reúnan determinadas cualidades.
3. El acompañante personifica en su vida el gozo íntimo de haber encontrado a Cristo.
4. Los acompañantes deben ser acompañados, necesitan ser formados y sostenidos en su tarea.
5. El acompañante debe promover la realización de una síntesis sencilla, pero bien estructurada, de la fe creída y vivida por la Iglesia.
6. Los acompañantes deben dar valor a las celebraciones litúrgicas que provocan una inmersión en el Misterio y que supera las simples palabras humanas.
7. Los acompañantes deben ser conscientes del riesgo de presentar un cristianismo «a la carta».

1. LOS INICIOS DEL CAMINO

Los primeros contactos con aquel que decide acercarse a la Iglesia son de gran importancia. Generalmente se trata de una petición que no acierta a encontrar palabras adecuadas. Se manifiesta expresando un deseo: *Quiero recibir el Bautismo... Quiero hacer la Primera Comunión... Creo, pero no fui nunca a catequesis...* La respuesta a estas demandas debe darse con gran prudencia pedagógica. Por otro lado, ¿cómo no hacer evidente la alegría de la Iglesia por la expresión balbuciente de este deseo? No es el momento de presentar ni un cúmulo de exigencias ni una carrera de obstáculos a superar. Se trata de ofrecer pistas que acojan su iniciativa y posibilitar así una decisión madura y responsable. Llegará el momento de plantear un camino, el Catecumenado, atendiendo a la situación personal de aquel que tenemos delante.

Nunca vamos a subrayar suficientemente el carácter decisivo de los primeros encuentros. El responsable pastoral toma conciencia del sentido de la petición. Está ante una persona que siente un impulso interior que arraiga en el centro del itinerario de su propia vida. Alguien que desea encontrar respuesta a cuestiones que ha experimentado durablemente. Su llamada a la puerta de la Iglesia ha sido meditada, contrastada con otras personas y, a veces, intentada anteriormente. No sabe cuál va a ser nuestra respuesta.



H. Bourgeois dice que estamos ante la decisión inaugural, que no tiene nada de descripción ni de confidencia, sino que es ya en sí misma «un acto, una audacia originante». Es manifestación de una libertad trabajada por un deseo y, al mismo tiempo, inicio de una aventura para un momento aún desconocido. Es «una persona que se atreve... una libertad que se hace histórica»¹. Según mi modo de entender, es una irrupción de la gracia de Dios que, en nuestro tiempo, sigue llamando a la humanidad a su presencia y a su amistad: «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV 2).

Aquellos que posteriormente asumirán la responsabilidad del acompañamiento deberán tener información suficiente sobre estos primeros contactos, sobre el modo de expresión de su deseo y sobre el sentido que otorgan a su preparación catecumenal.

2. LA ELECCIÓN DE LOS ACOMPAÑANTES

El precatecumenado es un tiempo sometido a debate y vagamente definido. No hay que imaginar aquellas primeras conversaciones sólo como un simple trámite para evaluar la sinceridad de la decisión. La petición debe ser constante a lo largo de un tiempo prudencial. Por lo tanto, se necesitan «primeros encuentros» vividos con toda la densidad de un primer anuncio, que se manifiesta en la oferta de un camino cuyo ámbito es la fe de la comunidad cristiana. La concreción de este itinerario, a través de la figura de los acompañantes o del grupo catecumenal, empieza a insertar ya al recién llegado en una tradición que va más allá de los puros deseos personales.

Para la comunidad cristiana, la elección de quiénes van a ser los acompañantes de los catecúmenos es también comprometida. En este momento inicial del Catecumenado en nuestro país, sería importante hacer participar a los órganos de corresponsabilidad parroquiales en la elección de estas personas: es una buena ocasión para sensibilizar a nuestras comunidades sobre la realidad y la práctica catecumenal.

Los acompañantes no necesariamente han de ser personas que provengan del campo de la catequesis. Lo pueden ser y la experiencia demuestra su capacitación. Pero el itinerario catecumenal, yendo más allá de una simple instrucción religiosa, se enriquece con la presencia de cristianos que colaboran en otros ámbitos de la pastoral.

¹ HENRI BOURGEOIS. *Théologie catéchuménale*. Ed. CERF. Paris, 2007. p. 274.

La elección de los acompañantes será acertada cuando se trate de personas capaces de hacerse cargo del proceso de vida de los catecúmenos. En uno de los textos del *Nuevo Testamento*, para nosotros paradigmático, Felipe se acerca al eunuco etíope, una persona en estado de búsqueda: «¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?» Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él en el camino» (*Hch 8, 31*). Es sintomático que sea Felipe quien sube para realizar el camino con aquel extranjero. El movimiento no es el inverso.

El acierto en el acompañamiento radica en esa capacidad de compartir, de hacerse cargo de la vida del otro, de entrar en un camino empático donde se ofrece, pero donde también se recibe. Todo ello comporta un estilo espiritual determinado. Se trata de descubrir la presencia del Señor en las trayectorias vitales de quienes se acercan a la Iglesia buscando respuesta a sus interrogantes. En definitiva, buscando a Dios.

3. EL VALOR DEL TESTIMONIO

Sabemos que el Catecumenado propiamente dicho se inicia con el rito de admisión. La liturgia sitúa a los «simpatizantes» ante la puerta de la iglesia: *¿Qué pedís a la Iglesia de Dios? La fe*, responden ellos. En este diálogo se resume el sentido del proceso que está a punto de ser iniciado. La fe es un don de Dios: antes que una decisión personal, ser cristiano es una gracia que se nos ofrece y que debe ser deseada en lo más interior de uno mismo.

Los acompañantes responden de los catecúmenos ante la Iglesia reunida y con ellos escuchan la Palabra de Dios. En la escena del Evangelio que proclamamos aquel día interiorizamos la alegría de Andrés: «Hemos encontrado al Mesías» (*Jn 1, 41*). El acompañante personifica en su vida ese gozo íntimo. El que está acompañando a los catecúmenos es aquel que ha encontrado a Jesús en el camino y que, por ello, siente la urgencia de presentarlo a los demás. Se sostiene en una espiritualidad cristocéntrica de modo que su acción brota, en verdad, del testimonio de su vida (cf. DGC 239). Las cualidades pedagógicas y la formación bíblica y teológica son esenciales, pero serían insuficientes sin la fuerza de una vida cristiana testimoniada en la coherencia.



4. LOS ENCUENTROS DE LOS ACOMPAÑANTES

Además de la Elección, en nuestra diócesis los catecúmenos celebran en el mismo lugar y conjuntamente el Rito de Admisión y, en la mayoría de los casos, también reciben juntos los Sacramentos. Se trata de jornadas diocesanas donde participan todos los catecúmenos, sus familias, sus acompañantes y los párrocos de sus comunidades. No es un hecho habitual. Comprendemos las dificultades que este proyecto podría conllevar en diócesis mayores que la nuestra. Siempre los preside el obispo. De esta forma, intentamos subrayar que, ya desde la primera acogida, el paso que el simpatizante está dando no es un acto particular, sino una gracia para toda nuestra Iglesia local².

La preparación y la realización de estos encuentros es una ocasión para que los acompañantes compartan la experiencia que están realizando. El intercambio y el diálogo entre ellos, enriquece la labor pastoral que se lleva a cabo en parroquias o en centros educativos muy diferenciados. De esta forma, el Catecumenado va convirtiéndose en una pequeña familia que reúne sensibilidades distintas y complementarias en la Iglesia diocesana. En el centro de este proyecto se sitúa la persona del catecúmeno y la preocupación de todos por un adecuado anuncio del Evangelio y por un correcto itinerario catequético.

Esta vivencia me permite una reflexión bastante obvia: también los acompañantes deben ser acompañados. En su proceso de fe los catecúmenos plantean cuestiones vivas y, a veces, difíciles. Muchas de ellas se refieren a algunos tópicos, a aspectos comunitarios, a las formas a través de las cuales el Evangelio es testimoniado por la Iglesia o a contrastes con la cultura dominante. Los acompañantes sienten la dificultad de la transmisión de la fe en los vaivenes de la cultura actual. Por ello necesitan ser formados y acompañados en su tarea.

Si no se quiere convertir en un simple instrumento burocrático, el Servicio Diocesano del Catecumenado es quien debe transmitir este talante a la Iglesia local. Es una labor de horas y de kilómetros. La aparición de los catecúmenos en las parroquias genera sorpresa e inquietud, pero también gozo y ganas de aprender. Aquella familia catecumenal, a la que antes me refería, es un tejido que debe construirse tenazmente desde el nivel diocesano: compartiendo experiencias, ofreciendo soluciones y materiales,

² «La comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis. De la comunidad cristiana nace siempre el anuncio del Evangelio, invitando a los hombres y mujeres a convertirse y a seguir a Jesucristo. Y es esa misma comunidad la que acoge a los que desean conocer al Señor y adentrarse en una vida nueva» (DGC 254).

poniendo en contacto a las personas, invitándolas y motivándolas, orando con ellas y por ellas, conociendo personalmente a todos los catecúmenos y a sus acompañantes, esforzándose en descubrir su proceso, sensibilizando y acompañando a los sacerdotes y a los agentes de pastoral... Es un trabajo lento pero creo que, hoy por hoy, imprescindible.

5. UNA SÍNTESIS SENCILLA Y BIEN ESTRUCTURADA DE LA FE DE LA IGLESIA

El debate sobre la duración de la etapa propiamente catecumenal está abierto. En nuestra práctica podemos decir que se desarrolla a lo largo de dos cursos escolares. Vivimos en una cultura de la inmediatez y no es fácil hacer comprender que esta fe que se pide a la Iglesia requiere un proceso lento de maduración. Con su acción, son los acompañantes quienes ayudan a descubrir que el Catecumenado es un período que debe ser tomado en serio, un espacio donde no hay urgencias, un método que no consiste en una especie de «cursillo», la realización de una experiencia que abarca todas las dimensiones de la vida del catecúmeno.

De entrada, tampoco ha sido fácil hacer comprender a los mismos acompañantes, ni a los párrocos, que el tiempo catecumenal no es un conjunto de sesiones de catequesis cuyo único objetivo sería impartir un temario predeterminado por un libro de texto. La experiencia que ellos mismos van realizando acaba por hacerles descubrir que el Catecumenado tiene algo de aventura y, por lo tanto, requiere imaginación y voluntad de adaptarse a los destinatarios.

Ello no significa vivir en un estado de permanente improvisación pero sí sostenerse en una decidida voluntad de dar respuestas diferenciadas a las etapas del proceso de maduración de cada catecúmeno³. Nuestra experiencia indica que no hay dos catecúmenos iguales y que, a pesar del intento positivo de trabajar en grupo, es necesaria una labor personalizada para cada uno de ellos.

Los acompañantes señalan la riqueza de los momentos de avance y, también, de los puntos de retroceso. El camino no es lineal. Un día se descubre que Dios es alguien con quien podemos dialogar en la oración. En otro encuentro se profundiza en la dinámica interna de los Evangelios y

³ «La variedad en los métodos es un signo de vida y una riqueza, y a la vez una muestra de respeto a los destinatarios. Tal variedad viene pedida por la edad y el desarrollo intelectual de los cristianos, su grado de madurez eclesial y espiritual y muchas otras circunstancias personales» (DGC 148).



se dan cuenta que no recogen simples historias del pasado sino la presencia viva de Jesús que se dirige a cada uno de nosotros. En otro momento el proceso se bloquea por la imagen social de nuestra Iglesia, por una «tradición», por un texto difícil de comprender o por ver innecesaria la dimensión comunitaria de la fe... Como en los tiempos de maduración de cualquier planta, existen días esplendorosos, días de neblina y momentos de tormenta. La perspectiva hace ver que, unos y otros, son positivos y necesarios para el resultado final.

La constancia y la paciencia de los acompañantes se convierten en el signo de una Iglesia que es al mismo tiempo madre y maestra. Realizan una labor de oferta, de acompañamiento y, también, de discernimiento. No siempre es fácil mantener el equilibrio entre el respeto a la libertad y la conducción del recorrido que lleva desde un difuso deseo de religiosidad hacia una experiencia auténticamente cristiana y eclesial.

A veces da la impresión de que van quedando lagunas temáticas importantes. No hay que olvidar que la etapa catecumenal presenta lo esencial de la fe de los cristianos, pero no todos y cada uno de los elementos de un conjunto que podrá ser asumido a lo largo de la vida del bautizado. En el rito de ingreso se habla de «las primeras enseñanzas por las que pueden vislumbrar tu gloria»⁴. Ello no significa estar ante un «programa de mínimos». A medida que el camino avanza, los sacerdotes y los acompañantes deberán promover una síntesis sencilla, pero bien estructurada, de la fe de la Iglesia. Un equipaje suficiente para emprender un camino en el cual será el Dios vivo quien vaya introduciendo signos y señales que el futuro cristiano deberá haber empezado a saber reconocer.

Nos hemos ido convenciendo de que la Iniciación cristiana es un proceso educativo no reducible a una mera instrucción. Hay que entrar en contacto con el cristianismo vivido y practicado. Por ello, es positivo que los acompañantes fomenten la presencia de los catecúmenos en las más diversas realidades de la Iglesia.

Es necesario ver de cerca concreciones actuales del seguimiento de Jesús. Las obras de atención a los necesitados, la labor con adolescentes y jóvenes, el servicio a los ancianos y a los enfermos, los espacios de oración de la propia comunidad, el contacto con los contemplativos, las tareas múltiples de los sacerdotes..., ayudarán a descubrir una Iglesia viva, en la cual los catecúmenos son invitados a participar progresivamente. Guiado por los acompañantes, el resumen realizado en las sesiones de trabajo estructura y ordena, en la medida de lo posible, la futura personalidad cristiana.

⁴ OICA 87.

6. UNA INMERSIÓN A TRAVÉS DE LA LITURGIA

A menudo pienso que no damos suficiente importancia pedagógica a la fuerza que tiene la liturgia de la Iglesia. Los acompañantes y los responsables pastorales pueden temer que las celebraciones previstas en el proceso catecumenal sean inadecuadas al ritmo y al momento germinal que los catecúmenos están viviendo. En un principio, este fue también nuestro temor. Sin embargo, la experiencia que estamos realizando nos hace constatar que, como todos nosotros, los catecúmenos necesitan y valoran los signos y los símbolos que van más allá del puro lenguaje verbal.

Los sacerdotes y los acompañantes solemos caer en fáciles prejuicios. El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* contiene elementos simbólicos extraordinariamente significativos, que abrazan fuertemente la situación vital de cada catecúmeno. La liturgia provoca una inmersión en el misterio que supera las simples palabras humanas. No pretendamos racionalizar el Misterio y dejémonos llevar por el ritmo de las celebraciones catecumenales.

En nuestro camino diocesano hemos constatado que estas celebraciones son decisivas. Ayudan a establecer una pedagogía iniciática que tiende a provocar la adoración de un misterio que va más allá de la pura comprensión intelectual. El hecho de vivirlas con los demás catecúmenos refuerza su impacto. Se convierten en jalones que la práctica litúrgica de la Iglesia va ofreciendo a aquellos que serán sus hijos. Crean memoria, recuerdo, y esto es importante en el proceso cristiano.

En ellas, el impulso interior de los catecúmenos («audacia originante», completada y eclesializada durante el proceso) es acogido y reconocido por la Iglesia. En el tiempo catecumenal van aprendiendo a amar y a seguir a Cristo. Por ello, han pasado de ser «simpatizantes» a ser «catecúmenos»; son «elegidos» y pasarán un día a ser «neófitos». El nombre de su misma identidad va cambiando con el tiempo, símbolo del nuevo nacimiento que se está generando.

Los acompañantes deben conocer suficientemente esta dinámica del proceso. De no ser así, el itinerario educativo que se propone a través de los diferentes pasos no será aprovechado en su plenitud. El Catecumenado no es un camino ordinario ni conocido entre nosotros. En cada una de las celebraciones será importante saber qué es lo que se va a hacer, qué sentido tiene y en qué momento del proceso se sitúa. Solo de este modo se convertirán en puntos de referencia que podrán balizar la reflexión posterior en el grupo e irán configurando personalmente a aquellos que van a recibir los sacramentos.

7. EQUILIBRIO ENTRE EXPECTATIVAS PERSONALES Y COMUNIÓN ECLESIAL

Bourgeois señala que entre acompañantes y catecúmenos se establece una especie de ley no escrita de respeto mutuo, que consiste en abrirse a aquello que es universal aunque para ello haya que dejar lo particular un poco al margen. Se trataría de acoger y compartir sólo aquello que permite la comunión mutua⁵.

Los acompañantes viven la tensa dificultad de establecer un adecuado equilibrio entre lo personal y lo comunitario. La coherencia entre lo que los catecúmenos dicen y lo que realmente están dispuestos a hacer plantea interrogantes. Difícilmente aquellos que están al frente de un itinerario catecumenal se sienten capaces de garantizar un proceso modélico. Menos aún un resultado ejemplar.

El realismo de san Agustín puede servirnos de pauta. Al advertir sobre la pretensión donatista de establecer una Iglesia tan sólo para los «puros» presenta también el peligro del abandono de la disciplina eclesial. En la pastoral siempre deberíamos «saber conjugar la firmeza y la bondad, sin mostrarnos débiles en razón de la paciencia, ni duros bajo el pretexto de un excesivo cuidado»⁶.

Los caminos de entrada al Catecumenado son tan diversos que existe el riesgo de crear un cristianismo «a la carta». Los acompañantes no pueden olvidar que el objetivo no es engendrar creyentes que vayan «por libre» sino cristianos deseosos de vivir su fe eclesialmente: «La acción evangelizadora de la Iglesia debe buscar más decididamente una sólida cohesión eclesial. Para ello es urgente promover y ahondar una auténtica eclesiología de comunión, a fin de generar en los cristianos una sólida espiritualidad eclesial» (DGC 28).

Aquellos en quien la comunidad cristiana ha delegado la labor catecumenal deben sentirse formados, comprendidos y acompañados en el trato del mundo interior de los destinatarios. Viven equilibrios difíciles y, por ello, tienen derecho a experimentar que no están gestionando una especie de empresa particular sino una auténtica obra de la Iglesia.

⁵ HENRI BOURGEOIS. Id. p. 278.

⁶ SAN AGUSTÍN. *De fid. et op.* 5, 7.